

Señorías,

Señoras y señores,

Empezaré por felicitar a todas sus señorías por su elección como diputadas y diputados, y también, con este motivo, evocar un consejo que forma parte de la cultura cívica y sentimental de muchas generaciones jóvenes, y que nos recuerda la gran responsabilidad que acompaña al ejercicio del poder. El poder nos da cosas tan importantes como la capacidad de cambiar el mundo, pero no nos da otras que son igual de importantes. Por ejemplo, el poder no nos da la razón, y eso nos obliga a la prudencia.

De modo que, además de agradecerles la confianza, en nombre de todos los miembros de la mesa y en el mío propio, les prometo que usaremos con prudencia esa confianza que han depositado en nosotros, y que lo haremos al servicio de los intereses generales, velando por el buen funcionamiento de esta institución, que es la institución principal de la democracia. El legislativo es el poder que procede directamente de la voluntad popular y que representa al titular de la soberanía del que emanan los demás poderes democráticos. Una gran responsabilidad la nuestra, señorías.

Sea cual sea nuestra posición y la del grupo político al que cada uno pertenecemos, esa responsabilidad nos exige trabajar para cumplir con los fines y objetivos de la tarea parlamentaria. Que es sin duda representar a los ciudadanos, pero con el propósito de desarrollar eficazmente las funciones que la Constitución atribuye al Parlamento y que se concretan en hacer realidad las políticas que demanda nuestra sociedad. No es tarea fácil, como mostró la pasada legislatura, pero es nuestro cometido y por él deberemos responder ante los ciudadanos.

En un tiempo en el que la complejidad de nuestras sociedades alcanza niveles que no tienen parangón en el pasado, es más necesario que nunca que las luces de la razón iluminen el gobierno de los asuntos públicos. Y la

razón que ilumina en política es la que nace de la deliberación entre quienes tienen diferentes visiones, valores e intereses.

Nos traen aquí nuestras diferencias, y paradójicamente unidos por aquello que nos separa, es aquí, en este espacio de representación y deliberación, donde emerge la comprensión de la verdadera naturaleza de los valores compartidos, de los intereses generales. Una comprensión que debe nacer de la escucha y del diálogo con quienes piensan diferente, o contrario, a lo que nosotros pensamos.

La calidad de nuestro trabajo depende de muchos factores, pero hay uno que es esencial: el respeto. Resulta asombroso que, después de lo vivido y padecido, todavía hoy sean actuales las palabras que Fernando de los Ríos pronunciara aquí mismo al comienzo de la década de los treinta del siglo pasado al afirmar que “En España, lo verdaderamente revolucionario es el respeto”.

El respeto no es un adorno, sino un valor sustantivo de la actividad humana en general, y de la actividad política en particular. El respeto es un valor exigente, es activo, impone contención y consideración; y conviene empezar por respetarse a sí mismo.

Por eso es bueno seguir el consejo de Don Quijote a su escudero elevado a la condición de gobernador cuando le dice: “has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse”. Y sigue Cervantes: “del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey”. Nos conviene a todos saber quien habla desde la tribuna de oradores, pero sobre todo le conviene saberlo al que habla. No es prudente encumbrarse demasiado, no solo por decoro, sino porque a ciertas alturas falta el oxígeno y, sin oxígeno, falla el razonamiento. Como dije en la anterior sesión constitutiva, ni siquiera la mayoría es el pueblo, y por supuesto tampoco lo es la minoría, así que mucho menos ninguno de nosotros

individualmente. Quizá la medida del decoro sea acompañar el tamaño de nuestras palabras al de nuestros actos. Individual y colectivamente.

Tenemos la fortuna, gracias a las generaciones que nos han precedido, de tener muchas cosas valiosas que preservar. La sociedad española, con todos sus defectos y problemas, es una buena sociedad. España es un buen lugar para nacer y para vivir. Nuestro deber generacional es mejorarla, legar a nuestras hijas e hijos una sociedad mejor, y para eso debemos ponernos cuanto antes manos a la obra.

Y la obra, en política, empieza por el respeto y el diálogo. Hoy, en el Congreso con más agrupaciones políticas de nuestra historia democrática, puede parecernos que nuestra fragmentación y la disparidad de nuestras posiciones harán estéril cualquier diálogo. Pero quien eso crea hará bien en pensar que el diálogo es en la política lo que el trabajo de investigación básica es en la ciencia. Y que como dijo Margarita Salas, quien merece el recuerdo de esta Cámara por su contribución a la ciencia en España “lo importante es hacer investigación básica (...), y de esta pueden salir resultados aplicables que no son previsibles a primera vista. Y sin embargo salen”. Invirtamos pues en respeto y diálogo leal, porque de esa inversión estoy segura que saldrán resultados.

Señorías, obras son amores, se honra al Congreso y a la democracia, en los actos, en nuestros actos como diputados y diputadas. Y ese es mi compromiso, que espero cumplir con la ayuda de todos ustedes y de todas las personas que trabajan en esta casa. Con responsabilidad y con respeto. Muchas gracias.